

Intervención de Alberto Núñez Feijóo

Clausura del Campus FAES
19 de septiembre de 2025

Muy buenos días a todos, muchísimas gracias por su atención.

Mi presencia aquí responde a la amable invitación que cada año me hace el presidente Aznar. Él ha dicho que ha venido a escucharme a mí; yo no lo voy a ocultar: que yo he venido a escucharle a él.

Y es verdad que agradezco mucho esta invitación a toda la gente de FAES, al presidente, a Ana Botella, al director... Pero también estoy aquí por un objetivo propio, aceptar los debates complejos de nuestra sociedad. Yo quiero propiciar esos debates complejos, quiero alimentar esos debates complejos.

Y también quiero compartirlos en foros como este. Todos ustedes saben que muchos líderes políticos tratan de evitarlos. Evitan la conversación sana, los matices que deben llevar estas conversaciones e ignoran las consecuencias de todo eso en asuntos vitales para la nación.

Es decir, en lugar de afrontar los retos que tenemos responsablemente, en lugar de buscar consensos que se asientan en la sociedad, tan solo buscan el conflicto. No creo que tenga que poner ni nombres ni siglas. A un lado y también al otro sobran ejemplos de que la cuestión es mantener a toda consta la conflictividad.

Es su único combustible y para ello aprovechan cualquier circunstancia, y digo cualquiera. El pretendido conflicto tribal que está presente en la política actual no surge espontáneamente: sencillamente está en el guion de quien hoy gobierna España. Y ni siquiera ese guion es original: "Nos conviene la tensión. Apreteu." En realidad, está copiando de otros que lo escribieron antes.

La violencia es el último recurso de un incompetente. Pues bien, me temo que lo que vive hoy España confirma esta sentencia.

Quien carece de ideas, quien está hasta el cuello de corrupción, quien ya se sabe sin el aval de la mayoría de la sociedad, necesita conflictividad y necesita cronificarla. El Gobierno a la desesperada ya no tiene más a lo que agarrarse para generar la máxima tensión posible, quiere el conflicto sin límites porque sabe que España apuesta por el cambio y es la única forma que ven posible de detenerlo.

Mi primera reflexión consiste en decirles cómo creo que tenemos que responder a ello. Callarnos de ninguna manera.

Que nos llamen fachas, que nos llamen escorados, que nos llamen lo que quieran. Casi nada de lo que está pasando en España es normal. Y no vamos a parar de decirlo con toda claridad y con toda intensidad.

Dicho esto: ¿es suficiente? Evidentemente, no.

Lo dije en el Congreso de mi partido, en el mes de julio. Y lo quiero repetir. España necesita un Gobierno, necesita un liderazgo y necesita un proyecto. Por eso, mi compromiso es también que España no se quede atrapada en la pelea de unos contra otros, porque no está condenada al enfrentamiento, ni tampoco a la decadencia.

Y allá quienes se quieran dedicar únicamente a jalearse los líos. Allá quienes carezcan de soluciones. Yo no me pienso achantar ante el Gobierno que tenemos, pero también cumpliré mi deber de decirle a todos los españoles que este país tiene condiciones suficientes para no dejarse arrastrar.

Es una evidencia que el Gobierno hace todo lo que está haciendo para intentar que España olvide su corrupción, sus mentiras y su incompetencia. Pero hay que decir algo claro: que Sánchez esté rodeado no le da derecho a llenar España de muros.

Ya sé que para hacer lo impensable para tapar lo que han saqueado lo hará. Ahora bien, yo también haré lo imposible para que no nos robe, además, la convivencia, el futuro y la esperanza. El sentido de la política no es el conflicto, en ningún caso. Y tampoco es la mera protesta.

El sentido de la política es mejorar las cosas, pasar de la protesta a la acción, cambiar a quien lo ha ensuciado todo para limpiar el sistema. Ese es el último objetivo. Y, por tanto, eso es lo que tenemos que hacer.

Queridos amigos, el Partido Popular va a cumplir con su obligación de elevar las posibilidades de la nación, no de rebajarlas al terreno de este Gobierno. Y somos, además, los únicos que podemos liderar España hacia el camino correcto.

¿Quién va a hacerlo? ¿Quién va a hacerlo si no? ¿Va a hacerlo quien nunca ha demostrado nada? No. Quien a la primera de cambio renunció a transformar algo en la nación no ofrece garantías. ¿Va a hacerlo quien tiene su futuro en los juzgados? Mucho menos.

Ya sabemos cómo acaba eso y pondré solo un ejemplo: un gobierno que ya solo tiene la cabeza en los juzgados y en las cárceles ha acabado por no darse cuenta de que ha liberado de ellas a depredadores sexuales.

Tan absorbidos en defenderse a sí mismos que ya no defienden ni al que más lo necesita. Es una negligencia de enorme gravedad y llueve sobre papel mojado. Se suma a la que ya se cometió en la redacción de la Ley del 'Solo sí es sí', que liberó a más de mil agresores sexuales antes de tiempo.

En mi opinión, esto no puede quedar así. Es incompetencia. Error tras error. Es indolencia. Se desoyeron las advertencias. Es ocultación. Se escondieron durante meses los efectos de la negligencia. Y es ya mala fe. Porque a esta hora, en lugar de dar la cara, el Gobierno se esconde y no da ninguna información.

Yo quiero añadir algo que creo que es lo más importante. ¿Qué mensaje se le está dando a las víctimas si observan que han sido desprotegidas y no pasa nada? ¿Qué protección puede sentir si ante un hecho de esta magnitud nadie le da explicaciones, nadie garantiza soluciones y nadie asume responsabilidades? Este hecho es absolutamente lamentable. Es gravísimo.

Es la constatación de que gobernar desde la total incompetencia lo pone en peligro todo. A las mujeres, sin duda, pero es que es así con casi todo.

Hay decadencia en las instituciones, que o se controlan o se señalan, como en la justicia.

Hay decadencia en los servicios públicos. Ya ni el AVE, que era un símbolo indiscutible de nuestro progreso, funciona.

Hay decadencia en la calidad de vida. Se paga más para recibir cada vez menos y se han vuelto imposibles derechos esenciales, como una vivienda.

Hay decadencia en las calles porque renunciar a afrontar la inseguridad y la inmigración irregular agrava el problema y no se soluciona repartiéndolo por toda España para intentar sacárselo de encima.

Y, en fin, hay decadencia en la convivencia porque se nos divide por todo. Por bloques. Por territorios. Por generaciones. Por sexos. Por creencias.

E insisto, frente a esta realidad, España necesita un cambio que lo repare. Lo necesita por sí misma, por su propio futuro y por sus propias ambiciones.

Pero también es imprescindible para poder jugar un papel relevante en el mundo. En un mundo que se está moviendo, lo explicaba perfectamente el presidente Aznar, de forma preocupante. Y en el que España debe volver a entender que la política exterior no puede atender a intereses personales ni tampoco intereses de un partido. Tiene que tener principios y defender los intereses de España y de los españoles. Porque hay mucho juego en ello.

Permitidme que me detenga en esta última parte de mi intervención.

He dicho antes que lo que Sánchez practica desde las instituciones públicas es la deslegitimación moral de una parte de la sociedad española. Por primera vez, un presidente renuncia a unir a la nación y hace de la división su estrategia política. Gobierna solo para un lado del muro y cada día contra más gente.

Y en su búsqueda desesperada de un pretexto para dividir a los españoles no queda a salvo nada. Tampoco la política internacional. Pues esto no es normal.

No es normal que un presidente llame al boicot de un evento deportivo internacional que se celebra en su país. No es normal que el presidente de un país democrático y europeo reciba la felicitación de un grupo terrorista Hamás y menos aún que no se desmarque de ello. No es normal que se condene al pueblo israelí que todavía espera la liberación de sus rehenes inocentes y que se deba recordar que representa la única democracia vigente en Oriente Medio. Y no es normal que se utilice la masacre en Gaza para deshumanizar a sus rivales políticos. El uso indebido de la política exterior para intereses personales conduce a la irrelevancia de la nación. Y lo que es peor, a la desconfianza.

Afirmo con tristeza que no queda una potencia relevante que no nos mire como un Estado desacreditado. España vive hoy aislada de las reuniones de más alto nivel, efectivamente. Ha sido amonestada por la Comisión Europea por sus contratos con empresas chinas que ponen en riesgo la seguridad de España y, en consecuencia, la seguridad de la Unión.

Sin duda, de nuestra formalidad para cumplir los compromisos internacionales se duda de forma constante. ¿Por qué? Porque se firma una cosa y se dice la contraria.

Se ha convertido a España en un Estado connivente con dictaduras. Especialmente perversa la relación con Venezuela. La Unión Europea, los Estados Unidos, hasta los socialdemócratas más serios como los nórdicos ven al presidente Sánchez como un irresponsable. Le han tenido que recordar los fundamentos de una democracia y se atreve a dar lecciones a los demás.

En fin, ante este aislamiento inducido conviene volver a recuperar la seriedad. En todos los asuntos que gestiona la política y, por supuesto, también en la política exterior se trata de poner el interés general por encima de todo y les aseguro que yo lo haré con la esperanza de que los españoles abandonen la sensación de que su país no tiene sentido. ¡Claro que lo tiene!

Hay que recuperar la autoestima. España debe recuperar la autoestima para poder recuperar también el prestigio internacional que hemos perdido. Las naciones que dominan la escena internacional responden a un mismo patrón, la autoestima elevada, porque la autoestima en una nación es lo que emocionalmente une a la sociedad, incrementa la responsabilidad de sus dirigentes pero también el civismo de sus ciudadanos, provee de confianza para afrontar los desafíos y fomenta la cohesión entre los propios e impone respeto frente a los extraños. Vamos a devolver a España el lugar de potencia internacional que le corresponde, el lugar de una nación que ha dejado una descomunal impronta en la historia, una nación occidental y moderna que está llamada a tener un papel protagonista en el mundo también en este siglo XXI.

Y vamos a hacerlo para contribuir a los dos objetivos prioritarios que tenemos a nivel internacional. Defender los intereses de España y de los españoles.

En primer lugar, la seguridad. Y el segundo, impulsar una Europa más fuerte y con más peso en el mundo.

Por cierto, ya hemos podido hablar esta mañana con el canciller alemán y he podido constatar su conciencia de la responsabilidad que en ello tiene el Partido Popular como fuerza mayoritaria de Europa en las pasadas elecciones.

Del mismo modo, compartimos objetivos de trabajar por una Europa más segura, más competitiva y más próspera con medidas como una drástica reducción de verdad de la burocracia, la flexibilización del Pacto Verde para hacerlo compatible con el desarrollo económico e industrial, y una política migratoria firme acordada por los Estados miembros. Seguridad, competitividad, soberanía, inmigración, reto demográfico, son retos que van mucho más allá de los discursos populistas.

La fortaleza europea es imprescindible para asegurar nuestra identidad, pero también para asegurar nuestros valores democráticos. Y la fiabilidad de España en estos objetivos no puede volver a ponerse en cuestión. En un momento en el que la polarización y el populismo lo amenazan en todo el mundo, nuestro deber es defenderlos con mayor ahínco que nunca.

Y añadido, con mayor legitimidad que nadie: no acepto lecciones de quien se siente más cerca de Maduro que de Bruselas, y no acepto lecciones de quien minimiza la gravedad de romper el vínculo europeo.

Sé que los objetivos que he mencionado tienen una enorme trascendencia. Devolver la normalidad a la política en España y devolver a España el papel que le corresponde en el mundo. Será costoso, será difícil, será complejo, pero será.

Agradezco no sentirme solo en esta tarea y, de forma muy especial, le agradezco al presidente Aznar contribuir a ello siempre. Doy por hecho que en el día de hoy hemos venido a escuchar, a reflexionar y a aportar y esto es lo que hemos hecho. Desde un presidente de Gobierno que lo ha sido y desde una persona que sigue el día a día de la política internacional y nacional. Desde una experiencia que, para mí, es determinante.

Pero tan solo quiero aportar al debate una afirmación más: yo creo en la política. Yo creo que en la política realmente solo hay un muro posible y yo me alegro de seguir a este lado con un defensor de la democracia como el presidente Aznar y no en el otro, con defensores de regímenes no democráticos del otro lado del Atlántico.

Nada más y muchas gracias.